

Un auténtico contador de historias

Cuentos

HAROLD KREMER

Eafit, Medellín, 2017, 268 pp.

CREO QUE no estoy descubriendo nada al decir que Harold Kremer (Buga, Valle, 1955) es un excelente cuentista colombiano. Un contador de historias natural. Él lleva muchos años escribiendo cuentos (comunes y corrientes, digamos) y minicuentos que, como su nombre lo indica, son relatos muy cortos, mínimos, que a veces pueden ser de una sola línea, o de dos, como este, de Pedro Chang Barrero, llamado “El arca”, incluido en 2007 por Kremer y Guillermo Bustamante en la *Segunda antología del cuento corto colombiano*, Universidad Pedagógica Nacional:

Los animales se reunieron para decidir cuáles de ellos deberían sacrificarse. Así fue como Noé y su esposa murieron ahogados.

Junto a Guillermo Bustamante, también escritor, Harold Kremer fundó en 1980 —y ha dirigido— *Ekuóreo*, la primera revista hispanoamericana (dicen todos) de minicuentos. Como soy curioso averigüé y la palabra que existe es *ekuóreo*, del latín *Aequereu*, que es perteneciente o relativo al mar. Tal vez con la pretensión de ser originales la pusieron con “k”. O por Kremer, vaya uno a saber. En todo caso, se deduce que a los dos les gustaba el mar (en el Valle, al lado, tienen el suyo).

Del minicuento dice Harold Kremer:

El minicuento es cercano al cuento y la poesía. Del primero toma la brevedad, la tensión, la armonía y la dedicación a un solo asunto o tema. Esta brevedad, que implica necesariamente la totalidad de una forma narrativa del relato, en la que también está presente un lenguaje preciso, sin ripios, es llamada modernamente minimalismo y consiste en que el minicuento debe ser capaz de expresar, a través de lo mínimo, la infinita complejidad del ser humano. (<https://cvisaacs.univalle.edu.co/literatura/harold-kremer/>)

En *Ekuóreo* han publicado fragmentos de novelas de otros autores que, solos, eran cuentos breves; o poemas que, puestos en prosa, son también pequeños cuentos. Los autores de las novelas y de los poemas quedan sorprendidos cuando les hacen llegar sus textos convertidos en autónomos minicuentos. Al escribir nunca fueron conscientes de crear pequeños relatos, dicen. Los textos que han aparecido en la revista son tomados de publicaciones así, textos retomados de cuentos o novelas pedidos expresamente para la revista, según se le ha escuchado decir a Kremer.

El libro del que voy a hablar aquí se llama *Cuentos*, publicado en 2017 por la Editorial de la Universidad Eafit de Medellín, perteneciente a la colección Debajo de las Estrellas que dirige el también escritor Juan Diego Mejía. Es una reunión de 29 cuentos, unos cortos (minicuentos) —media página o una página o página y media— y otros con la extensión regular, entre seis y quince páginas, si estamos de acuerdo en el pequeño detalle de que esa es la extensión normal del cuento. Aunque, claro, hay autores de más largo aliento en este género, como la premio Nobel canadiense Alice Munro, los famosos tres cuentos de Flaubert o novelas cortas como *El viejo y el mar* (Hemingway), *La metamorfosis* (Kafka) o *El coronel no tiene quien le escriba* (García Márquez), de las cuales se ha dicho, creo que con razón, que son cuentos más o menos largos (los franceses las llaman *nouvelle*).

Brevedad, tensión, armonía y dedicación a un solo asunto son los elementos que debe comportar un buen cuento, según lo dijo Harold Kremer, cuando se refirió a que estas características debían persistir en el minicuento —al lado de la poesía, tan difícil de precisar y tan traída de los cabellos, a veces—. (Respecto al último elemento, el referido a que el cuento debe dedicarse a un solo asunto, Cortázar también lo decía bella y subjetivamente: la primera palabra debe mirar a la última).

Aunque en ninguna parte lo dice, debo suponer que la selección de los cuentos la hizo el propio Kremer. La muestra deja ver varias facetas del autor. Es decir, hay cuentos recientes o más o menos recientes, otros de vieja

data y minicuentos. Pero es un libro, me atrevo a decir, sin página mala. Entre los primeros está “Patíbulo” (2004), que recuerda un asunto muy oscuro de nuestra realidad nacional, los tristemente llamados “falsos positivos”, aunque no menciona el deplorable nombre: un bello personaje, una persona con discapacidad cognitiva que vive en Soacha, es reclutado bajo la promesa de trabajo en zonas alejadas del sitio de origen y luego asesinado junto a otras personas humildes por miembros del ejército. El relato hace recordar narraciones de Juan Rulfo o de William Faulkner, donde hay personajes inolvidables con la misma condición. También está “La noche más larga” (1985), texto de vieja data, ganador de un concurso nacional de la Universidad de Medellín, y con el cual, al parecer, empezó todo. El autor quería conjurar el dolor por el suicidio de su hermano (en una edad en que no entendía muy bien qué había sucedido) mediante este relato autobiográfico, aunque, claro, con ingredientes de ficción, que le permite entrar por la puerta grande de la narración en el país al ganar un concurso nacional.

Harold Kremer es, como digo, un cuentista nato. Maneja sabiamente el aspecto técnico del diálogo, tan escaso en la narrativa colombiana, más dada al monólogo o al diálogo interno (en ocasiones es evidente que ese recurso se debe a la falta de destreza en el manejo de los diálogos, los cuales, qué duda cabe, enriquecen enormemente la narración. Otra vez: debería ser una obligación para todo escritor de cuentos leer “Los asesinos” de Hemingway: es una magistral demostración del manejo de los diálogos). Los diálogos son una cualidad enorme de sus relatos, pues a través de ellos es posible ver la gestualidad de sus personajes, adivinar su carácter e intuir su ductilidad. Todo ello conforma la psicología (llamémosla así) de quienes no basta con decir que desempeñan determinados oficios o que se trata de una esposa, un niño, un papá, una puta, un atracador, un fantasma o un muerto. Cuentos como “Se ha roto un cristal”, “Algo mecánico, algo manual” (gran cuento en el cual las escenas en el río y las conversaciones entre la narradora y la mujer que hace el sancocho son memorables, al mejor

RESEÑAS		CUENTO
<p>estilo de Raymond Carver o de Tomás González), “El gato negro” y “El prisionero de papá”, entre otros, son un claro ejemplo de lo que digo.</p> <p>Otro aspecto, no menor, que se nota leyendo a Harold Kremer es que él mismo es un gran lector. Uno ve otros autores en sus narraciones (especie de guiños), pero las cosas están dichas con su lenguaje. Las historias de sus personajes son las que él conoce y de eso no queda ninguna duda a la hora de los balances (una vez le oí decir que antes de emprender la narración, hacía una especie de biografía de sus personajes y apenas los tenía plenamente incorporados, escribía la historia. Total, “ya los conocía” lo suficiente). “Una linda mañana para el día del juicio final” es el título de un bellísimo cuento, en el que el lector puede encontrar una clara resonancia de J. D. Salinger, y Mary, su personaje central —aunque es temerario pretender saber cuál es el personaje central en una narración así—, es tan entrañable como cualquiera de los personajes del escritor norteamericano.</p> <p>Y, como digo, el libro también está compuesto por cuentos cortos, todos divertidos, todos ingeniosos y todos compactos, dominando como pocos ese terreno que muchos creen que recorrerlo es acudir a fórmulas resabidas, de esas que invariablemente terminan en un ¡plof!, porque casi lo único que buscan es “sorprender” al lector (el efecto <i>knockout</i>, teoría cortazariana del cuento, mal entendida) en la última línea. Kramer, al contrario, logra piezas maestras como “Colibrí”, “Jolgorio”, “El dragón”, “El leopardo”, “El combate” (uno de los mejores de todo el libro, de apenas 13 líneas) y “Carta con un sueño”. Hay varios de ellos que recuerdan gratamente los magistrales minicuentos de Augusto Monterroso. “La cierva y la leona” es uno de ellos, en el cual el humor irónico no es, precisamente, la moraleja acostumbrada en los cuentos bienpensantes.</p> <p>Leer los cuentos de Harold Kremer, en fin, es una experiencia extraordinaria. Es la voz de un auténtico contador de historias. Y <i>Cuentos</i> es un libro que hace plena justicia a un autor que no es suficientemente conocido en el país, a pesar de que anda “en escena” hace bastantes años, y es muy bueno</p>	<p>casi desde el principio. O es verdad que los colombianos somos tan malos lectores, o es verdad que nos cuesta mucho reconocer a nuestros propios creadores. Tal vez las dos cosas.</p> <p style="text-align: center;">Luis Germán Sierra J.</p>	